

La exigencia de una respuesta total

El Sentido Religioso, Don Giussani, Capítulo V.

¿Cómo se manifiesta en nosotros nuestro corazón, esta intimidad escondida en el fondo de nosotros? Primeramente a través de preguntas que no nos dejan en tranquilos, y que pareciera exigen una respuesta fuera del alcance del hombre. Don Giussani, al comienzo de su análisis de 'El Sentido Religioso', nos introduce en este cuestionamiento dramático profundamente personal.

El nivel de ciertas preguntas

El factor religioso representa la naturaleza de nuestro yo en cuanto se expresa en ciertas preguntas: "¿Cuál es el significado último de la existencia?", "¿Por qué existe el dolor, la muerte?", "Por qué vale la pena realmente vivir?". O, desde otro punto de vista: "¿De qué y para qué está hecha la realidad?". El sentido religioso está situado, pues, dentro de la realidad de nuestro yo, al nivel de estas preguntas: *coincide con ese compromiso radical con la vida de nuestro yo, que se manifiesta en esas preguntas. (...)*

Desde tiempos remotos una de las imágenes más usadas para expresar la fragilidad y la enigmaticidad última de la vida humana es la imagen de las hojas, las hojas secas que se caen en otoño. Pues bien, podemos decir que el sentido religioso es aquella cualidad que caracteriza al nivel humano de la naturaleza y que se identifica con esa intuición inteligente y esa emoción dramática con las que el hombre, al mirar su propia vida y a sus semejantes, dice: «Somos como hojas...». «Lejos de la propia rama, / pobre hoja delicada, / ¿a dónde vas?»¹ No olvidemos, en todo caso, que la variación leopardiana de la poesía de Arnault tiene antecedentes bien conocidos, y no sólo en la literatura griega, ya que aparece en todas las literaturas del mundo.

El sentido religioso está ahí, al nivel de esas emociones inteligentes y dramáticas, como decía; emociones que son además inevitables, aunque el clamor o la obtusidad de la vida social parezcan querer acallarlas:

«Y todo conspira para callar de nosotros,
un poco como se calla,
tal vez, una vergüenza, un poco como se calla
una esperanza inefable».²

Estas preguntas arraigan en el fondo de nuestro ser: son *inextirpables*, porque constituyen como el tejido del que está hecho.

¹ G Leopardi, «Imitación», vv. 1-3, en *Los cantos*, op. cit., p. 265. En este canto, Leopardi traduce una poesía de A. V. Arnault, titulada *La Feuille*. En particular, los versos aquí citados suenan así en el original francés: «De ta rige détachée / pauvre feuille dessécbée / où vas-tu?».

² Cf. R. M. Rilke, «Elegían II», vv. 42-44, en *Elegías de Duino*, Lumen, Barcelona 1984.

La exigencia de una respuesta total

En tales preguntas el aspecto decisivo nos lo muestran los adjetivos y adverbios: ¿cuál es el sentido *último* de la vida? ¿*En el fondo*, de qué está hecha la realidad? ¿Por qué vale *verdaderamente* la pena que yo exista, que exista la realidad?

Son preguntas que agotan la energía, toda la energía para investigar que tiene la razón. Preguntas que exigen una respuesta total, que cubra por entero el horizonte de la razón, agotando todas las «categorías de lo posible».

En efecto, la razón tiene una coherencia que no le permite detenerse si no llega exhaustivamente hasta el fondo de todo, hasta el final.

«Bajo el denso azul
del cielo un ave marina vuela;
nunca descansa, porque todas las imágenes llevan escrito:
'más allá'»³.

Si solamente respondiendo a mil preguntas se agotara el sentido de la realidad, y el hombre encontrara respuesta a novecientas noventa y nueve de ellas, seguiría tan inquieto e insatisfecho como si estuviera al principio. Hay en el Evangelio una llamada interesante a recordar esta dimensión: «De qué le sirve al hombre poseer todo el mundo si pierde el significado de sí mismo? O ¿qué dará el hombre a cambio de sí mismo?»⁴.

Este «sí mismo» no es otra cosa que su exigencia clamorosa, indestructible Y sustancial de aferrar el significado de todo. Y es precisamente así como define al yo el sentido religioso: como el lugar de la naturaleza donde se afirma el significado de todo. (...)

Desproporción con la respuesta total

Cuanto más se adentra uno en el intento de responder a esas preguntas, mejor percibe su fuerza y más descubre su propia *desproporción* con la respuesta total. (...)

La imposibilidad de agotar esas preguntas exalta la *contradicción* que hay entre el ardor de la exigencia y la limitación de la capacidad humana para buscar. Y, aún así, leemos con gusto aquellos textos en cuya temática resuena la vibración de esas preguntas y la dramaticidad de nuestra desproporción. (...)

Desproporción estructural

La imposibilidad de dar una respuesta exhaustiva a las exigencias que constituyen nuestro yo es *estructural*, es decir, tan inherente a nuestra naturaleza que conforma su característica esencial.

Vamos a llamar provisionalmente «dios» al objeto indefinible de este interrogante que llevamos inscrito en nosotros mismos. Rilke proclama su importancia decisiva en una poesía admirable:

«¡Apágame los ojos y Te veré todavía,
vuélveme sordo y oiré Tu voz,
trúncame los pies y correré Tu camino,
sin habla, y a Ti elevaré oraciones!

³ E. Montale, «La agave en el escollo», en *Huesos de sepia*, Alberto Corazón Editor, Madrid 1975, p. 101.

⁴ Cf. Mt 16,26.

Rómpeme los brazos y yo Te estrecharé
con mi corazón, vuelto, de repente, mano;
si paras mi corazón, latirá mi cerebro,
quémale también y mi sangre, entonces,
Te acogerá, Señor, en cada gota»⁵.

Dentro de un millón de años la cuestión que plantean esas exigencias puede que se vea exasperada, pero no respondida.

«Quizá si tuviese alas
para volar hasta las nubes
y contar las estrellas una a una,
o como el trueno errar de cumbre en cumbre, sería más feliz, dulce rebaño mío,
sería más feliz, cándida luna».⁶

Ciento cincuenta años después de Leopardi el hombre «vaga como trueno de cumbre en cumbre» con sus *jets*, y «computa las estrellas una a una» con sus satélites. Pero ¿se puede decir que en este intervalo de tiempo el hombre haya logrado ser simplemente una pizca más feliz? Ciertamente, no. Se trata de algo que por su propia naturaleza está «más allá, fuera del alcance de cualquier movimiento humano. (...)

Si no admite la desproporción insuperable que hay entre el horizonte último y la medida de los pasos humanos, el hombre elimina la categoría de lo posible, la posibilidad, suprema dimensión de la razón, puesto que sólo un objeto inconmensurable puede representar una invitación permanente a la apertura estructural del hombre. La vida es hambre y sed y pasión de un objeto último que se asoma a su horizonte, pero que está siempre más allá de él. Y es esto lo que, al ser reconocido, hace del hombre un investigador incansable. (...)

Tristeza

A la presunción del poder, cargada de censuras y negaciones, le corresponde en el individuo, en el hombre real, una gran *tristeza*, característica fundamental de la vida consciente de sí, «deseo de un bien ausente», como decía santo Tomás⁷.

La absoluta falta de proporción que hay entre el objeto verdaderamente buscado y la capacidad humana de captura- produce la experiencia de poseer algo que por naturaleza es huidizo. (...)

La tristeza surge entonces del «esfuerzo laborioso que nos *fatiga* sin descanso»⁸ y la «fatiga» - del poeta Foscolo se convierte en el «fastidio» y la intranquilidad que le despierta a Leopardi:

«Aguijón [que] me punza
de tal modo que, descansando, más que nunca estoy lejos
de hallar paz y sosiego».⁹

El ser conscientes del valor de esta tristeza se identifica con tener conciencia de la grandeza de la vida y con el sentimiento de su destino. (...) Si la tristeza es una chispa que salta de la «diferencia de potencial» que vivimos entre el destino ideal y nuestra carencia histórica, la ocultación de esta diferencia —suceda como suceda— engendra el opuesto lógico de la tristeza: la *desesperación*. (...)

⁵ Cf. R. M. Rilke, «Spengimi gil occhi, al lo Ti vedo ancora», en *Lricbe*, Sansoni, Florencia 1942, p. 194.

⁶ G. Leopardi, «Canto nocturno...», vv. 133-138, en *Los cantos*, op. cit., p. 181.

⁷ Cf. Santo Tomás, llii Dionysii de divinis nominibus, 4, 9; Summa Theologiae, I, q. 20, art. 1.

⁸ Cf. U. Foscolo, «Dei sepoicri», vv. 19-20, en *Le poesie*, Garzanti, Milán 1993, p. 52.

⁹ G. Leopardi «Canto nocturno...», vv. 119-121, en *Los cantos*, op. nt., p.181.